

presas no tienen buen éxito, se invita á los gobiernos y á los fieles á cubrir el déficit; cuando se obtienen beneficios, los productos sirven para extender el círculo de los negocios. Uno de los hechos que mejor caracterizan la caza del dinero es el que en 1898 descubrió en España el ministro de la Justicia: desde 1851 ninguna de las religiosas pertenecientes á ciertos conventos había sido inscrita como difunta, y eran precisamente las que por una ley de 1837 venían disfrutando de una pensión vitalicia de una peseta diaria.

Las ciudades ven elevarse enormes cubos de piedra, con ventanas simétricas, en los que se amontonan las gentes de Iglesia, sus clientes y parásitos. La superficie de los terrenos pertenecientes al clero aumenta de año en año; casi no hay ciudad donde no existan vastos monumentos decorados que costaron millones, aunque el constructor no poseyera nada cuando se puso la primera piedra. La gran riqueza de la Iglesia es lo que asegura su clientela: mientras la fe disminuye y la religión se va, la casa de comercio clerical extiende sus «operaciones» y su patronato pesa sobre los pueblos.

El clero aumenta su acción sobre el mundo exterior principalmente como explotador del trabajo, pero en este concepto, á pesar de los miles de millones que posee, le faltan las grandes iniciativas: no sabe agrupar los trabajadores en poderosas masas comparables á las que hace obrar el capital laico. La utilización del trabajo de los huérfanos, de los presos, de los enfermos y de los ancianos, la fabricación de las bebidas y de los alimentos, de perfumería, de objetos de mercería es lo que le conviene. Para otros trabajos ha de haber disminución gradual, puesto que el móvil inicial, la fe, desaparece en los uños y se mezcla en los otros á una parte cada vez mayor de elementos extraños. Conviene no dejarse engañar á este respecto por la acumulación de las multitudes que presencian una bendición papal ó por la procesión de peregrinos que acuden á las fuentes benditas; la parte de curiosidad y puerilidad excede en ellas á la devoción. Evidentemente las peregrinaciones tenían en la Edad Media una importancia relativa mucho más considerable que en nuestros días, porque ponían en movimiento una masa popular mucho más importante proporcionalmente, á pesar de la dificultad de los viajes lejanos á través de países desconocidos y frecuentemente aso-

lados por las guerras; pero si un trayecto de algunas horas hacia Lourdes, Einsiedeln ó Tréveris, no es, por decirlo así, más que un juego en comparación de lo que era antiguamente la peregrinación de Compostela ó la visita del Santo Sepulcro, la industria moderna, manipulada por la Iglesia, ha permitido desplazar de un golpe masas humanas más formidables. Después de la guerra de 1870, cuando la nación francesa, harto débil y derrotada para dejarse «dedicar al Sagrado Corazón», estaba en una completa incertidumbre respecto del porvenir inmediato y se preguntaba si llegaría á caer bajo el dominio absoluto de la Iglesia, ésta organizaba triunfalmente peregrinaciones llamadas nacionales. En 1872 se vió en Lourdes un cortejo de veinticuatro obispos que conducían generales, altos funcionarios, más de treinta prefectos en ejercicio, ciento diez diputados, cuarenta senadores, ó sea más de 250 señores galoneados, seguidos de treinta mil peregrinos, entre los cuales se contaban mil cien enfermos que iban á bañarse en la santa piscina. Por millones se cuentan los lectores de los *Anales de Lourdes* que refieren las curaciones milagrosas, y por millones de francos evalúan las compañías de ferrocarriles sus beneficios por el transporte de peregrinos. Y Lourdes no es en Francia más que uno de los 1,253 santuarios donde los fieles se arrodillan ante la Virgen negra ó blanca, denominadas Nuestra Señora de la Piedad, de Gracia, del Consuelo, de las Encinas, de los Campos, de las Nieves ó del Mar.

Á lo menos, si los católicos no pueden tener la pretensión de ser los instructores de las naciones modernas en la ciencia, si hasta se hallan, en virtud de su doctrina, rechazados forzosamente al lado de las sombras y convertidos en vergonzosos enemigos del saber, les es permitido afirmar con toda verdad que las civilizaciones anteriores mezclaron el arte con el culto religioso de la manera más íntima. No podía ser de otro modo en tanto que las grandes manifestaciones de la vida no estaban aún diferenciadas; se presentaban en conjunto y era fácil equivocarse sobre su origen. Los Caldeos y los Persas, los Griegos y los Romanos dieron á sus sacerdotes el esplendor de los trajes y la pompa de las ceremonias; los mismos antepasados espirituales transmitieron á los cristianos su solemne canto llano. Los cuerpos de oficios de Bizancio y de la Europa

occidental levantaron basílicas admirables que la Iglesia posee actualmente, y que ésta imagina haber evocado del suelo como por un acto de fe; después vinieron pintores y escultores que decoraron las naves y las capillas, transformando alguna catedral en verdadero museo.

Todas las artes nacidas de la iniciativa individual y casi siempre bajo la influencia de alguna idea rebelde, se han asociado en cortejo á la religión católica, y ésta, fuerte por el concurso de los siglos, puede desplegar ante la multitud confundida la grandeza de sus procesiones orgullosas. Sin embargo, lo que fué separado en el origen, ha recobrado nuevamente su originalidad propia, así como en

Cl. del *Globus*.

ANTIGUA PINTURA ABISINIA

La Santa Virgen en forma de paloma da libertad á un preso.
Dr. C. Keller, *Globus*, 1904, p. 327.

un tronco de árbol la rama recobra la independencia de la raíz. Cada una de las artes se ha emancipado francamente de la Iglesia; todo lo que es joven, nuevo, creador, se hace fuera de ella. ¡Qué tristes producciones todos esos cuadros de colores simbólicos, esas estatuas aureoladas, que los obispos encargan á los artistas necesitados! ¡Cuán lamentable aspecto presentan esos edificios religiosos, ni siquiera copiados simplemente de algún monumento de los siglos pasados! La fuerza viva del arte se mueve por completo en la sociedad civil, pero falta todavía á ésta el sentimiento de conjunto que propondrá del movimiento consciente de un progreso colectivo.

Entre los dominios de la actividad humana que se han desprendido por completo de la hegemonía religiosa, pueden citarse en primer lugar las reglas de la higiene pública. Se ha supuesto, ciertamente sin razón, que las «leyes de Moisés» relativas á los cuidados del cuerpo, á la alimentación, á la conservación de la vivienda y del campamento eran reglas de naturaleza higiénica. No hay duda

que se refieren á la magia y se clasifican según las supuestas buenas ó malas influencias que determinaban las formas de los objetos, las costumbres de los animales ó las tradiciones de los abuelos. De todos modos, esas reglas, que se han perpetuado hasta nuestros días entre budhistas y católicos, israelitas y mahometanos, no suelen tener fuerza de ley fuera de las familias. Los que estudian los principios de la salud personal y de la higiene pública no se detienen ya en esas prescripciones de ayunos, de maceraciones, de abstinencia, sino que establecen su sistema de salubridad sobre prácticas muy diferentes, procurando colocar al hombre en condiciones normales para su desarrollo y su bienestar, tanto como la desigualdad económica y los «derechos» sacrosantos de la propiedad lo permiten. Según la observación de un higienista, la proclamación de los derechos del hombre al final del siglo XVIII comprendía el derecho á la salud¹.

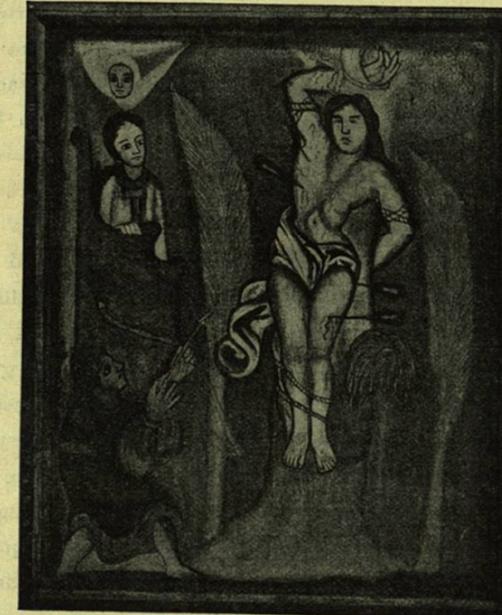
El cuidado de la salud pública no es ya de la incumbencia de la Iglesia; el cuidado de la salud moral se le escapa también cada vez más², y en todas partes la sociedad se rebela contra ella para retirarle la enseñanza. Así como el papa, después de haber ambicionado el dominio absoluto del mundo entero, ha acabado por tener por límite de su imperio las paredes de su palacio, así también la Iglesia se ve arrancar sucesivamente todos los magisterios que reivindicaba en la dirección de las inteligencias y de las voluntades. Budha, Jesús ni Mahoma no tienen ya voto en este asunto: la humanidad no necesita ya soberano pontífice. Más aún, no hay religión que pueda satisfacer de una manera completa al místico impulsado por las ilusiones del ideal: por deseosa que esté de acoger bien al prosélito, cada una de ellas es demasiado precisa en sus dogmas, su tradición y su historia para no oponer obstáculo á la fantasía que vaga en el infinito del espacio y del tiempo. La Iglesia y las Iglesias no son sino momentos en la serie de la historia humana, y el sentimiento poético los desborda por todas partes. ¡Cuánto más grande es el canto del misterio! ¿No es el hombre como un punto imperceptible en la inmensa Naturaleza? Las «lágr-

¹ Bruno Galli-Valerio, *Bull. de la Soc. Vaud. des Sciences Naturelles*, Marzo 1899.
² Gustavo Loisel, *Revue Scientifique*, 11 - X, 1902.

mas de las cosas», según la expresión de un poeta romano, han conmovido en todo tiempo, aun antes de la venida de los Dioses. En la sociedad futura, como en la sociedad presente, los amores burlados, la muerte prematura de los jóvenes y de los buenos, la lucha por la existencia son problemas sobre los cuales se pensará mucho con dolor ó melancolía y que penetran al individuo de profundas emociones que ninguna sacudida religiosa podría exceder.

Pero, aunque la ciencia nos revele un mundo sin límites de fenómenos admirables, solicitando transportes de admiración y de entusiasmo, procede, sin embargo, á su obra con calma y serenidad, buscando lo verdadero, aunque con ello venga el desastre. ¡Corresponde abrir la caja de Pandora, aunque la esperanza huya para

siempre! En tal concepto, la ciencia tiene sus mártires como la religión, pero mártires mucho más desinteresados, puesto que no sueñan con ir después de muertos á sentarse «á la derecha de Dios», acogidos por el concierto de los ángeles. Los experimentos que hace el médico sobre su propio cuerpo ensayando el efecto de los venenos ó de los remedios peligrosos, el ingerto y el tratamiento de las enfermedades contagiosas le llevan sencillamente á penosos sufrimientos y á la muerte sin otra satisfacción que la de hacer el bien.



Cl. del *Globus*.

ANTIGUA PINTURA ABISINIA
 EL MARTIRIO DE SAN SEBASTIÁN

Se ve que la influencia bizantina ha impregnado fuertemente el arte de Abisinia.

Por lo demás, no hay que felicitarle, porque el hombre que tiene la dicha de seguir su vía personal, de caminar por el sendero que él mismo se traza hacia lo desconocido, tiene las incomparables alegrías que dan el descubrimiento y la contemplación de la verdad conquistada.

No se crea, sin embargo, que todos los sabios sean héroes, y hasta preciso es reconocer que la mayor parte llevan también en sí al «hombre viejo». Desde el punto de vista moral, corren un peligro particular procedente de una especialización excesiva: cuando no tienen más que sus estudios propios en la parte del horizonte que tienen á la vista, están en peligro de perder el equilibrio de la vía normal, de rebajarse, de empequeñecerse en todas las ramas que han descuidado, y admira con frecuencia observar en ellos una oposición extraordinaria entre su genio, ó al menos su gran saber, y sus lados ridículos ó mezquinos. Las pasiones, los intereses privados, la baja adulación y la pérfida envidia se encuentran frecuentemente en el mundo de los sabios, con gran detrimento de la misma ciencia. No causa menos extrañeza ver conservada la supervivencia de los odios nacionales en la investigación de la verdad, patrimonio común de los hombres. Existe todavía arraigado el hábito de dividir el dominio de la ciencia según las patrias respectivas. Cada hombre de ciencia no es más que un representante de la inmensa humanidad pensante, y si lo olvida disminuye proporcionalmente la grandeza de su obra.

Se llega hasta manifestar la extraña pretensión de empequeñecer la ciencia reduciéndola á los intereses de un partido, de una clase, de un soberano. Causó risa un famoso químico — Thénard, dicen — cuando presentó al rey Luis Felipe «dos gases que iban á tener el honor de combinarse en su presencia», ¿pero ha de reírse ó llorar cuando se oye á un profesor eminente, que quizá haya de hacerse perdonar su nombre francés, reivindicar un privilegio inestimable para los sabios alemanes, el de ser los guardias de corps intelectuales de la casa imperial de los Hohenzollern?

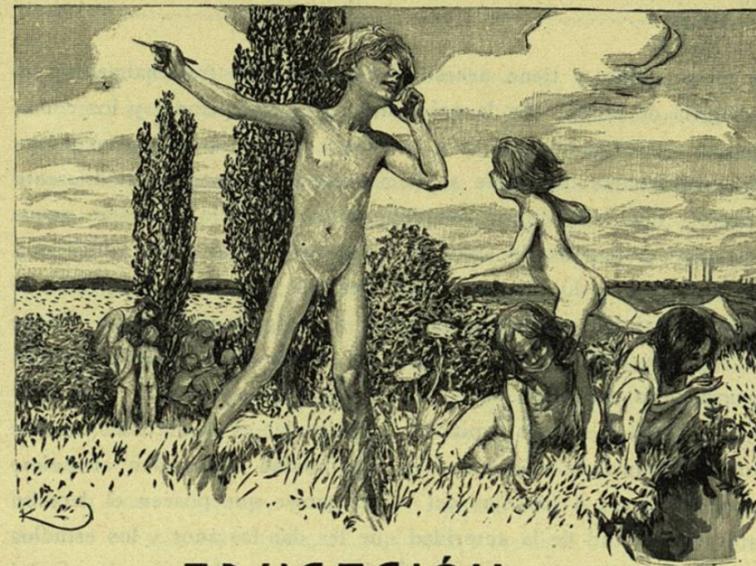
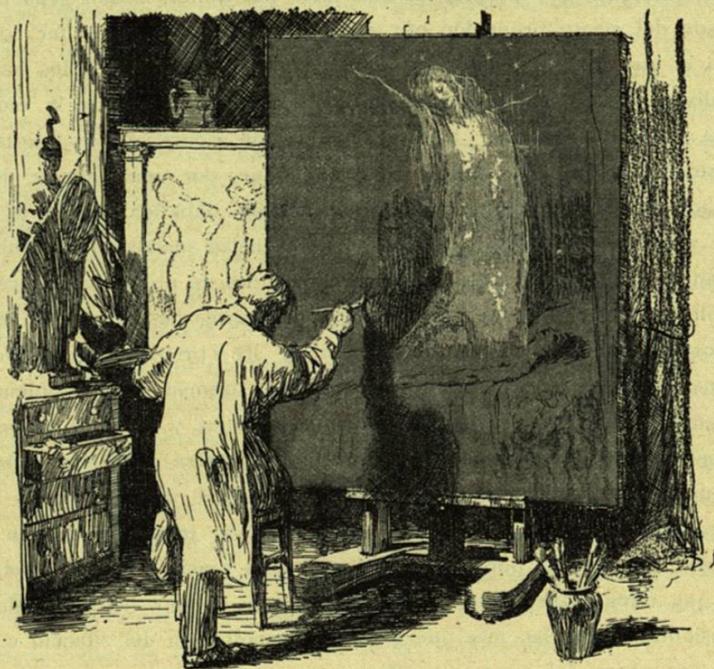
Si tales sabios tienen á gloria servir á un amo, hay otros que tienen la pretensión de ser dueños de sí mismos. Durante un tiempo, bajo la influencia del socialismo primitivo de los san-simonianos y

de los comtistas, parece que debía prevalecer como artículo de fe que, á semejanza de una gran fábrica discretamente conducida por ingenieros, la sociedad había de ser dirigida, por cierto tiempo al menos, por técnicos y artistas, es decir, precisamente por los jefes de las escuelas nuevas, que aspiran á la infalibilidad. Hasta ahora esas ambiciones no se han realizado, ni aun en el Brasil, donde, sin embargo, la escuela positivista de Comte ha parecido que dirigía la política nacional, entregada, como en todas las naciones, á la rutina y al capricho. Es seguro que, constituidos en clases y en castas, como los mandarines chinos, los sabios de Europa más fuertes en sus especialidades respectivas serían tan malos príncipes como todos los demás gobernantes, y se dejarían persuadir más fácilmente de su superioridad esencial sobre el común de los hombres cuanto más ilustrados fueran.

Ya mucho antes de detentar el poder, muchos sabios, y especialmente los que ocupan las más altas posiciones, tienen gran cuidado del efecto producido por tal ó cual enseñanza. Así fué como en el mes de Septiembre de 1877, cuando la reunión de los naturalistas en Munich, se suscitó un gran combate acerca de la teoría de la evolución que, bajo el nombre de «darwinismo», agitaba entonces el mundo, dándose el caso de que, por una singular desviación del punto de vista, la gran cuestión debatida no fué la de la verdad en sí misma, sino las consecuencias sociales que resultarían de las ideas nuevas. Las preocupaciones de orden económico y político tenían á todos en excitación constante, hasta aquellos mismos que hubieran querido desinteresarse. El «progresista» Virchov, muy misonicista á pesar de su profunda ciencia, atacó violentamente la nueva teoría de la evolución orgánica y resumió su pensamiento en esta sentencia final que creía decisiva: «El darwinismo conduce al socialismo». Por su parte, Haeckel y con él todos los discípulos de Darwin presentes al Congreso, pretendieron que la teoría manifestada por él daba el golpe de gracia á los socialistas, y que éstos, para prolongar durante algún tiempo sus deplorables ilusiones, no tenían más que hacer la conspiración del silencio contra las obras del maestro¹. Pero pasaron los años, y á pesar de

¹ Haus Kurella, *Socialismus und Moderne Wissenschaft*.

las opiniones de Virchow y de Haeckel, la historia continúa su curso, y el socialismo hizo su entrada en el mundo paralelamente al darwinismo que penetraba en la ciencia. Las dos revoluciones han concordado perfectamente, y muchos son los sabios que han explicado, pasados los hechos, que así había de suceder. De la incertidumbre de las profecías de los pedantes resulta que éstos, agrupados en casta interesada, no representan la ciencia, la cual se desarrolla sin su concurso oficial en las innumerables inteligencias de los hombres que investigan aisladamente, apasionados por la verdad. Por la renovación continua se hace el progreso del saber, y nadie puede crear, ni siquiera aprender si no procura incorporarse el conocimiento nuevo con toda rectitud y sinceridad. En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.



EDUCACIÓN

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.

CAPÍTULO XI

INFALIBILIDAD DE LA ENSEÑANZA. — EDUCACIÓN DE LOS PRIMITIVOS.
 ESCUELA MODELO. — COEDUCACIÓN.
 PRUEBAS, EXÁMENES Y DIPLOMAS. — ALTA EDUCACIÓN NORMAL.
 EXPANSIÓN DE LA CIENCIA. — LENGUA COMÚN.
 HIGIENE GENERAL. — CALIPEDIA. — EDUCACIÓN DE LA ESTÉTICA.
 ESPONTANEIDAD DEL ARTE. — DESNUDEZ.
 LA CIENCIA, EL ARTE Y LA NATURALEZA. — EL ARTE ES LA VIDA.

COMO la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas é históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar á otro hombre, niño ó adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que